

visto al mismo tiempo la coronacion de un mártir y la conversion de un pecador! ¡que aumenta á la par las filas de la Iglesia triunfante y las de la Iglesia militante! ¡que regocija doblemente á los celestes espíritus, pues que saludan arriba á un hermano victorioso, y abajo á otro arrepentido!

A una señal suya, un eclesiástico se adelantó y se llevó consigo á Arsenio y Filemon, que fueron saludados al pasar por las bendiciones, oraciones y lágrimas de todos, hasta de los monges de Nitria. El mismo Pedro alargó la mano á Filemon.

—Te pido perdon, dijo el pobre joven, complaciéndose en humillarse.

—Y yo te lo concedo, respondió Pedro.

En seguida volvió á la Iglesia con mejor aspecto y sentimientos mejores, quizá que los que le acompañaban de costumbre.

CAPITULO XXVII.

LA VUELTA DEL PRÓDIGO.

A cosa de las diez del siguiente dia, cuando Hipatia, agobiada por el disgusto y la falta de sueño, estaba tratando de ordenar sus ideas para la leccion de despedida, su doncella favorita le anunció que abajo aguardaba un mensajero de Sinesio. Esta noticia fué un rayo de esperanza para la infeliz. ¿Una carta de Sinesio? De él seguramente podia venirle algun consuelo, alguna advertencia. ¡Si el obispo supiera su triste situacion!

—Que te entregue la carta.

—Dice que debe hacerlo en propia mano. Y creo, añadió la doncella, que tenia en su bolsillo una razon sustancial para tal creencia, que te convendria verle.

Hipatia sacudió la cabeza impacientemente.

—Parece conocerte bien, aunque no quiere nombrarse; pero me suplicó te recordase una ágata negra.... (No sé á qué aludiria....) y un espiritu que debia presentarse á ti cuando la frotases.

Hipatia se puso pálida como la muerte. ¿Seria otra vez Filemon? ¡Buscó el talisman... y habia desaparecido! Debia haberlo perdido la última noche en la habitacion de Miriam. Entonces conoció el verdadero objeto de los planes de la hechicera.... ¡Habia sido engañada, burlada, doblemente burlada! ¡Y qué nuevo proyecto era este?

—Dile que deje la carta, y que se marche.... ¡Pero, padre!.... ¿Quién es ese hombre? ¿A quién traes aquí en tales momentos?

Y mientras hablaba, Teon introdujo en el cuarto nada menos que á Rafael Aben-Ezra, retirándose en seguida.

Hipatia tembló de piés á cabeza ante tan inesperada aparicion.... Bien, á lo menos no sabia nada de la última noche ni de su desgracia. No atreviéndose, sin embargo, á mirarle á la cara, tomó la carta y la abrió.... Si habia esperado algun consuelo de su lectura, pronto sus esperanzas se desvanecieron.

“Sinesio á la filósofa:

“Aunque la fortuna no puede despojarme de todo, lo hará de cuanto le sea dable. Pero de dos cosas, á lo menos, no podrá, á saber: de preferir lo mejor

y de socorrer al oprimido. ¡No permita el cielo que me prive de mi juicio como de todo lo demas! Por esto aborrezco la injusticia; pues que nadie puede estorbármelo, y mi voluntad es ponerle una barrera; mas, el poder de verificarlo, es una de las cosas que me ha quitado la fortuna.... antes, tambien, me habia quitado á mis hijos.

“Fuertes un dia los Milesios eran.

“Así, tambien, hubo un tiempo en que yo servia de consuelo á los amigos, en que tú solias llamarme astro de bendicion para todos, excepto para mí, cuando prodigaba en beneficio de los demas el favor que me dispensaban los grandes... Eran mis manos... entonces... Pero ahora estoy abandonado de todos, á menos que tú no tengas algun poder. Pues á tí y la virtud los cuento yo entre las cosas de que á nadie le es dado privarme. Tú siempre tienes poder, y lo tendrás de seguro ahora.... usando de él tan noblemente como acostumbrabas.

“En cuanto á Niceo y Filolao, dos nobles jóvenes, parientes míos, te agradeceré que empeñes á todos los que te honran, tanto particulares como magis-

trados, para que les devuelvan sus justos derechos.

—¡A todos los que me honran! dijo Hipatia suspirando amargamente; y en seguida miró a Rafael, como temerosa de haber vendido su secreto. Su rostro se cubrió de palidez, pues en los ojos de Aben-Ezra estaba impresa una solemne lástima, que no le dejaba duda de que lo conocía.... por lo menos en parte.

—¿Has visto á... Miriam? preguntó, impaciente de averiguar lo que mas temía.

—Aun no. He llegado hace una hora, y la felicidad de Hipatia me interesa mas que la mia.

—¿Mi felicidad? Ha concluido.

—Tanto mejor. Yo no encontré la mia hasta que la he perdido.

—¿Qué quieres dar á entender?

Rafael se detuvo, aunque sin apartar la vista, como si tuviese algo importante que decir, deseando y temiendo al mismo tiempo decirlo. Por último, empezó así:

—Cuando no otra cosa, confesarás que llevo mejores ropas que la última vez que me viste. He vuelto, como cier-

to demoniaco de Gadara, sobre el cual solíamos argumentar, vestido.... y quizá tambien en mi cabal juicio.... ¡Dios lo sabe!

—¡Rafael! ¿has venido á burlarte de mí? Tú sabes (es imposible hayas estado una hora en Alejandria sin saberlo) que ayer soñaba con ser (y bajó los ojos) emperatriz; que hoy estoy arruinada, que mañana estaré, quizá, proscrita. ¡Y sin embargo, no tienes para mí mas que tus antiguos sarcasmos y ambigüedades?

Rafael permaneció en silencio é inmóvil.

—¿Por qué no hablas? ¿Qué significa esa triste y grave mirada, tan diferente de la tuya de otra época?... ¡Algo extraordinario tienes que decirme!

—En efecto, contestó Rafael, hablando muy despacio. ¿Qué... qué responderia Hipatia, si al cabo Aben-Ezra esclamase, como Juliano al espirar: El Galileo ha triunfado?

—¡Juliano no dijo nunca eso! Es una calumnia de los frailes.

—Pero, yo lo digo.

—¡Imposible!

—¡Lo digo!

—¿Como palabras pronunciadas á la hora de la muerte? entonces, el verdadero Rafael Aben-Ezra ha cesado de vivir.

—Pero puede nacer de nuevo.

—Y morir para la filosofia, pues que renace en la supersticion. ¡Oh digna metempsicosis! Adios.

Y se levantó con intencion de marcharse.

—¡Oyeme! ¡Oyeme con paciencia, noble y amada Hipatia! ¡Otra burla mas de tus labios, y volveré á ser el mismo endurecido enemigo que era antiguamente... para todos, menos para tí! ¡No vayas á creerme ingrato, olvidado! ¡Qué no te debo á tí, cuyas grandes palabras fueron las que estorbaron olvidase que existia la Justicia, la Verdad y un mundo invisible de espíritus, conforme á cuyo modelo debiera el hombre aspirar á vivir?

Hipatia se detuvo, y escuchó admirada. ¿Le quedaba acaso alguna fé en sus doctrinas? A lo menos, oír lo que Rafael habia descubierto...

—Hipatia, soy mas viejo que tú. . . . mas sábio que tú, si la sabiduria es el fruto del árbol de la ciencia... No co-

noces sino un lado de la medalla, Hipatia, y es el mas hermoso; yo he visto su reverso, lo mismo que su anverso. He recorrido años enteros todas las formas de los pensamientos, acciones, pecados y locuras humanas, sin hallar descanso... ni en la sabiduria ni en la locura, ni en los sueños espiritualistas ni en la brutalidad sensual. No pude encontrar reposo en tu Platonismo... despues te diré por qué, y pasé sucesivamente del Estoicismo al Epicureismo, al Cinismo, al Escepticismo, y en este hondo abismo me aguardaba otro abismo aun mas profundo, llegando á ser escéptico del mismo Escepticismo.

—Hay otro mas hondo todavia, pensó Hipatia, acordándose de la magia de la noche anterior; pero no desplegó los labios.

—Entonces, en el extremo del abatimiento, me confesé inferior á los brutos, que tienen una ley y la obedecen, mientras que yo me habia constituido á mí mismo en Dios, diablo, harpía, torbellino, sin sujecion á ley ninguna... Necesité de que mi perra despertase en mí el sentimiento de mi existencia, ó de otros seres fuera de mí mismo. Tomé á

la perra por maestra, y la obedecí, porque sabia mas que yo. Y ella me hizo retroceder (pobre animal mudo, semejante á un ángel enviado por Dios) á la naturaleza humana, á la misericordia, á la abnegacion, á la creencia, á la adoracion.... al puro amor conyugal.

Hipatia se estremeció.... y en la lucha para ocultar su turbacion, contestó casi sin saber qué decia:

—¿Amor conyugal? ¿Desde cuándo se ha ordenado Afrodita diácono cristiano?

—Gracias al cielo! dijo Rafel para sí. No se cuida de mí ya. Si se cuidara, el orgullo no le hubiera permitido esa burla. Desde que, contestó en voz alta, querida amiga, Palas Atene se ha ordenado de lo mismo y designado como su primer sacerdote á Agustin de Hipona, hasta que tú estés pronta para desempeñar ese cargo.

—¿Cómo? ¿Ya estás queriendo hacer prosélitos?

—Sin duda. He hallado un tesoro demasiado grande para no desearlo partir con la hija de Teon.

—¿Un tesoro? dijo Hipatia en tono medio despreciativo.

—Efectivamente. ¿Te acuerdas de

mis últimas palabras cuando nos separamos allá abajo hace unos cuantos meses?

Hipatia no contestó. Una terrible posibilidad á que habia aludido asaltó su memoria por la primera vez desde aquella fecha.... pero cerro los oidos con orgullo al celeste aviso.

—Te dije que lo mismo que Diógenes, iba en busca de un hombre, prometiéndote que si lo encontraba, tú serias la primera en saberlo. Pues bien, he encontrado un hombre.

Hipatia movió su hermosa mano.

—Sé quién quieres decir... el Crucificado. Bien, yo no necesito un hombre, sino un dios.

—¿Qué especie de dios, Hipatia? Un dios forjado de nuestras nociones intelectuales, ó mas bien de negaciones de las mismas... del infinito, de la eternidad, la invisibilidad, la impasibilidad... ¿y por qué no de la inmoralidad también, Hipatia? Pues recuerdo que solíamos convenir en que era degradar carnalmente á la unidad suprema atribuirle una cualidad tan meramente humana como la virtud.

Hipatia no desplegó los labios.

—Ahora bien, Hipatia, yo he tenido siempre la idea de que lo que necesitábamos, como primer predicado de nuestra unidad absoluta, era que fuese, no solo un Dios infinito (significara esto lo que significase, aunque recelo que no lo veíamos de todo claro), eterno, omnipotente (predicados que me temo no entendíamos mejor que el primero), sino un Dios justo; ó mas bien, como solíamos decir, que careciese de predicado.... que fuese la justicia misma. Y entretanto no podía menos de recordar que mis antiguos libros sagrados hebreos hablaban de un Dios de esta clase, é imaginando tuviesen algo que decirme que....

—¡Que yo no te decia! Esto, pues, era lo que motivaba tu aire de reserva y superioridad con la mujer de quien te burlabas llamándola tu discípula. No sospechaba en tí una envidia tan verdaderamente judia. ¿Por qué ¡oh! por qué no me dijiste eso?

—Por que era un irracional, Hipatia, y habia olvidado á qué era semejante esa justicia, temiendo descubrirlo por temor de que fuese mi condenacion. Porque era un demonio, Hipatia; y

aborrecia la justicia, no deseando encontrarte á tí ni á Dios justos, porque entonces ambos seriais distintos de mí. ¡Dios sea misericordioso con mis pecados!

Ella le miró. Rafael estaba mudado, como por milagro, aunque se veian la misma conciencia de poder, el mismo sutil y caprichoso movimiento en sus vigorosas facciones hebreas y en sus brillantes ojos. Sin embargo, cada línea de su rostro estaba suavizada: la máscara de burlon abandono habia desaparecido; brotaban de toda su fisonomía la ternura y la gravedad. La crisálida se habia desprendido, mostrando la mariposa que contenia. Estuvo observándole un rato, y se pasó la mano por los ojos para ver si se desvanecia la aparicion. ¡Rafael, el sutil, el burlon, el Luciano de Alejandría! ¡Rafael, cuya profundidad y poder la habian asustado aun en sus dias de mas corrupcion, habia venido á parar á aquel extremo....

—Es un capricho de cobarde supersticion.... Esos cristianos le han aterrado con sus pecados y su Tártaro.

Volvió á mirar aquel rostro brillante, claro, impávido, y se avergonzó de su

calumnia. Y este era el fin de Aben-Ezra... de Sinesio... de Agustin... de sabios é ignorantes, godos y romanos... La grande inundacion seguia, pues, su curso... ¿Contrarestaría ella sola su fuerza?

—¿Tal era su voluntad! ¿La sumision nunca!... Permanecería firme... su razon se mantendria libre hasta lo último... hasta la muerte, si fuese necesario... Y no obstante, ¡la noche anterior... la noche anterior!

Al cabo habló, pero sin alzar los ojos.

—¿Y qué se infiere de que encontrases un hombre en ese crucificado?

—Recuerdas, Hipatia, la definicion que da Platon del Hombre justo por excelencia?... Dice que sin haber cometido la menor injusticia, habrá de recorrer el periodo de su vida con la nota de injusto, para que se evidencie su desinterés, y llegar, no solo en la antigua Atenas, no solo en la antigua Judea, sino tambien, como convendrás, en la actual Alejandria cristiana, á... ¿te acuerdas, Hipatia?... la prision, los azotes, y finalmente la cruz.... Si, pues, el ideal del justo de Platon es un crucificado, ¿por qué no ha de serlo tambien

el mio? Si nosotros... y el anciano obispo Clemente, tan buen platónico como nosotros... y el mismo Agustin, coincidimos en creer que Platon, al expresarse de tan extraordinario modo, no hablaba por si, sino impulsado del Espíritu divino, ¿por qué otros no han de haber hablado, movidos del propio espíritu, al proferir las mismas palabras?

—Un crucificado... Si. Pero ¡un Dios crucificado, Rafael! Tal blasfemia me hace estremecer.

—Lo propio acontece á mis pobres compatriotas. ¿Son ellos mas justos, Hipatia, en acciones diarias, por esa escrupulosa reverencia hacia la gloria del Ser Supremo, que probablemente sabe mejor que nadie como conservar y manifestar esa gloria? Pero convienes en la definicion, ¿no es así? Cuidado, dijo con una de sus significativas sonrisas; ¡porque he estado combatiendo con Agustin, y me he convertido en un terrible dialéctico. ¿Convienes?

—Naturalmente... es de Platon.

—¿Pero convienes solo por hallarse escrita en el libro de Platon, ó porque tu razon te dice que es cierta?... No me respondes: A lo menos contéstame

á esto. El Justo por excelencia, ¿no es el mas sublime modelo, de los hombres?

—Seguro, respondió Hipatia sin fijar mucho la atencion, aunque no con repugnancia, como hablando de una cosa corriente.

—En tal caso, el autanthropos, el hombre arquetipo é ideal, que es mas perfecto que ninguno de los individuos, ¿no tiene que ser tambien perfectamente justo?

—Sí.

—Supon, pues, por uno de aquellos agradables caprichos nuestros de otra época, un argumento.... supon que desease manifestar su justicia al mundo.... El único medio de verificarlo seria, segun Platon, el de Glaucó, á saber: la calumnia y la persecucion, los azotes y la cruz. ¿No es así?

—¿Qué palabras son esas, Rafael? ¿Azotes, materiales y cruces para una idea eterna y espiritual?

—Hipatia, ¿has considerado alguna vez despacio á qué es semejante el arquetipo del hombre?

Hipatia se estremecó como si oyese una idea nueva, y confesó (lo mismo que

lo hubiera hecho todo Neo-Platónico), que nunca se le habia ocurrido tal cosa.

—Y sin embargo, prosiguió Rafael, Platon, nuestro maestro, nos dice que hay un verdadero arquetipo sustancial de cada objeto, desde una flor á una nacion, eterno en los cielos. Quizá, querida amiga, no hemos sido nosotros hasta aqui bastante fieles platónicos. Quizá siendo filósofos y algo fariseos, empezábamos todas nuestras elucubraciones, como nuestras plegarias, esto es, dando gracias á Dios de que no fuésemos como los demas hombres, y leíamos mal otro pasage de la república, que en otro tiempo nos agradaba citar.

—¿Cuál? preguntó Hipatia, cada vez mas interesada en la conversacion.

—Uno, en el cual se dice que los filósofos son hombres.

—¿Te burlas de mí? Platon define al filósofo, el hombre que busca objetos de ciencia, mientras otros buscan objetos de opinion.

—Perfectamente. Pero ¿y si en nuestro ardor por averiguar aquello en que el filósofo se diferencia de los demas hombres, no vimos lo que tiene de comun con ellos, y olvidamos que al cabo

el hombre es un género, del cual el filósofo es solo una especie?

Hipatia suspiró.

—¿No piensas, pues, que así como lo mayor contiene a lo menor, y el arquetipo del género al de la especie, nosotros hubiéramos sido mas sabios estudiando un poco mas el arquetipo del hombre como hombre, antes de mezclarnos con una parte de este arquetipo.... el arquetipo del filósofo.... Sin duda habria sido lo mas propio, pues hay mas hombres que filósofos, Hipatia; y cada hombre es un verdadero hombre, y un buen objeto de exámen, mientras que no todo filósofo es un verdadero filósofo.... Por ejemplo, nuestros amigos los cínicos y tambien uno ó dos Neo-Platónicos que conocemos. Me parecen impaciente. ¿Cesaré?

—Equivocas la causa de mi impaciencia, respondió Hipatia, mirándole con sus grandes y tristes ojos. Prosigue.

—Ahora bien (porque me voy convirtiendo en un terrible escolástico,) la verdadera definicion del hombre, ¿no se dará diciendo que es entre todos los

séres creados un espíritu unido temporalmente á un cuerpo animal?

—Encantado en él como si fuese en una prision, dijo Hipatia suspirando.

—Sea así, si quieres. Pero.... ¿no debemos suponer que el arquetipo.... (el hombre propiamente) siendo tal arquetipo, estará tambien ó habrá estado algun dia temporalmente encantado en un cuerpo animal?.... No respondes... No quiero acosarte.... Solo te ruego consideres despacio si en parte Platon no justifica de la nota de absurdo al pescador de Galilea, cuando dice que Aquel á cuya imágen el hombre está formado fué hecho carne, y habitó con él corporalmente junto al lago en Tiberiade, y que vió su gloria, gloria digna del único engendrado del Padre.

—Esta última pregunta es muy distinta. ¡Dios hecho carne! Mi razon no admite semejante cosa.

—La razon del viejo Homero sí que la admitia.

Hipatia se estremeció, recordando sus esfuerzos por restaurar aquellas antiguas, palpables y humanas divinidades, y dijo á Rafael:

—Adelante.

—Respóndeme, pues.... Ese arquetipo del hombre, si existe en alguna parte, ¿no existirá eternamente en la mente de Dios? A lo menos, Platon lo hubiera dicho.

—Sí.

—¿Y no se deriva de El inmediatamente su existencia?

—Sí.

—Pero el hombre es un sér dotado de voluntad, distinto de todos los demás séres.

—Sí.

—Luego el arquetipo debe serlo también.

—Lo supongo.

—Y poseerá las facultades y propiedades de todos los hombres en su mas alta perfeccion.

—Es natural.

—¿Cuán dulce y sumisamente se transforma en discípula mi antigua maestra! Hipatia le miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Yo nunca he enseñado nada, Rafael.

—Sí, querida amiga, me has enseñado cuando menos lo pensaba. Pero dime otra cosa. ¿No es propio de todo hombre ser hijo? Porque tu puedes conce-

bir que un hombre no sea padre, mas no que no sea hijo.

—Convengo.

—Luego ese arquetipo debe ser también hijo.

—¿De quién, Rafael?

—¿Por qué no de Zeus, padre de los dioses y los hombres? Pues estamos de acuerdo en que él no puede ser deudor de su existencia á otro mas que á Dios.

—¿Y qué se infiere de ahí? dijo Hipatia, fijando sus hermosos ojos en el semblante de Aben-Ezra, con una expresion de duda, y al mismo tiempo como lo declaró Rafael al morir, de esperanza y alegría.

—¿Un hijo no tiene que ser de la misma especie que su padre? "Las águilas, dice el poeta, no enjendran palomas." ¿No seria la voz hijo una vana y falsa metáfora, si el hijo no fuese la perfecta semejanza de su padre?

—Los héroes enjendran hijos peores que ellos, dice el poeta.

—No hablamos ahora de hombres, á quienes el Zeus de Homero llama los mas miserables de todos los animales; hablamos, ¿no es así? de un hijo perfec-